



Me dispongo a la oración con estos textos

“ El pecado más grave del cristiano no es hacer tal o cual cosa con tales o tales agravantes, sino que lo gravísimo es el desprecio del don de Dios, es el rechazo del amor con la excusa de la ley. Por eso, todo cuanto hacen los cristianos como exigencia del amor de Cristo en el Mandamiento nuevo, por fidelidad al propio Bautismo, es virtud y contribuye positivamente (ya que es Cristo quien actúa) a la implantación del reino de Dios y a la construcción del Cuerpo Místico.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.III, 80

“ En algunos países, o en ciertos sectores de estos, hay un desprecio de los pobres y de su cultura, y un vivir con la mirada puesta hacia fuera, como si un proyecto de país importado intentara forzar su lugar. Así se puede justificar la indiferencia de algunos, porque aquellos que podrían tocarles el corazón con sus reclamos simplemente no existen. Están fuera de su horizonte de intereses.

–Fratelli tutti, 73.

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

En nuestra tarea apostólica hemos podido sentir el desprecio de otros. Y también hemos podido experimentar nuestro propio desprecio hacia las personas que, por diversas razones, no valoramos en su dignidad. Hemos podido experimentar el rechazo y el fracaso, y vivir el escándalo de la fe, el escándalo de la Cruz. Desde estas experiencias, a las que pongo rostro, nombre, circunstancia, acojo la presencia de Dios.



En voz muy alta

*Gritaré, contra las voces correctas,
Contra mi propia prudencia si invita
al abandono contra la lógica,
que muestra otros caminos.
Gritaré, con la fe más lúcida que imaginar pueda
con mi amor, pobre, pero sincero,
desde esta ceguera que anhela la luz.
Gritaré, hasta que la voz me falte,
y aún después,
tu nombre junto al mío,
tu pasión por nosotros,
te pediré que me sanes,
y confiaré en ti.
Aunque tantos digan que pierdo el tiempo,
y se burlen de tu silencio y de mi fracaso,
gritaré, hasta que llames...
...Tú no nos fallas.
Cuando abras mis ojos encontraré al hermano,
brindaré con la copa de tu justicia y seguiré tus pasos.*



Hoy me dice LA PALABRA...



Marcos 6, 1-6. Se escandalizaban de él

Saliendo de allí se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él.

Les decía: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa». No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe.

Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Los santos de la puerta de al lado de quienes habla el papa Francisco no son fáciles de reconocer y aún más difícil nos resulta aceptar su «santidad». ¿Cómo van a ser santos estos que conocemos desde siempre y con quienes convivimos? A los santos los preferimos desconocidos y lejanos; a ser posibles muertos y ya olvidados en la historia. Porque confrontarnos con esas personas supone sacar a la luz nuestras propias incoherencias y no nos gusta eso.

Lo mismo le sucedió a Jesús en su pueblo: «pero si le conocemos de siempre, si sabemos su vida y su historia, si no es nadie, no puede ser mejor que yo...». ¿Quién es este para hablar así de Dios? ¿Quién se ha creído que es? ¿De dónde saca todo eso? El asombro aparente rezuma incompreensión, rechazo, escándalo, desprecio. Dios y sus testigos no pueden ser así.

En el fondo seguimos esperando un Dios –y una Iglesia– prepotente, lejana, distante, que no nos compromete, no nos interroga ni interpela. Que se conforma y nos adormece con nubes de incienso en liturgias incomprensibles que nada tienen que ver con la vida. Preferimos un Dios a la medida de nuestras ilusiones y nuestros mezquinos objetivos.

Si somos así, si nuestra Iglesia es así, no podremos ver signo alguno del Reino, no podremos ser signos del Reino. No habrá milagro posible. Porque Dios es distinto, y su novedad constante no se encierra en los estrechos esquemas de nuestros prejuicios. Los paisanos de Jesús creían conocerle, y creían conocer a Dios, y resulta que no es así.



Tenemos que pasar por ese mismo escándalo. ¿Quién es Jesús para nosotros? ¿Cómo nos abrimos a su constante novedad en nuestras vidas? Tendremos que escandalizarnos de Jesús, de este Jesús, *hijo de María*, para poder cambiar nuestras atrofiadas e irreales imágenes de Dios, y ser capaces de abrimos a la experiencia misma de Jesús: la de un Dios Amor, un Dios Padre y Madre, de misericordia, de ternura, de perdón, de vida, que camina con nosotros.

Un Dios que se coloca en los lugares más insignificantes de la historia humana, que se revela y encarna en lo que, por pequeño, por débil y vulnerable –y por ello más humano– se puede hacer transparencia de Dios y armazón del Reino, y nos permite vivir nuestra humanidad en toda su intensidad. El Dios encarnado en Jesús es el Dios cercano que comprende y acompaña, que ofrece y propone, que espera y perdona, que respeta la libertad con que nos ha creado, que ama sin límite. Es el Dios que se humana en el pobre, al borde los caminos y en las periferias de nuestra historia. Es el Dios que, desde esa historia humana, nos da vida y vida abundante.

El encuentro de cada persona con Jesús se mueve entre el asombro –sin asombro no podemos captar el misterio de Jesús– que nos lleva a preguntarnos, a buscar, a seguir a Jesús, y la acogida de lo cotidiano –solo ahí se nos hace accesible el Dios encarnado– que nos permite aprender en la normalidad de la vida a descubrir, ver, reconocer la presencia de Dios en las personas y los acontecimientos, en lo más normal de nuestra vida.

Mi proyecto de vida surge del encuentro con Jesús en quien me reconozco amada por Dios. ¿Qué he de cambiar para poder acoger y aceptar su presencia en mi vida?





Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

Envíanos profetas

Señor, envíanos profetas.
Sigue haciendo brotar,
en tus hijos e hijas,
entrañas de misericordia.
Que la palabra del profeta sea evangelio vivo.
Que su denuncia sea recuerdo de tu proyecto.
Que sus gestos rompan cadenas.
Que su memoria nos recuerde el nombre
y la vida de los más pobres.
Envíanos profetas que denuncien a los explotadores
de todo cuño y nación,
a los que matan la creación por intereses económicos,
a los que abusan de los menores
aprovechando su indefensión,
a los que se enriquecen vendiendo droga,
a los que triunfan explotando el odio y la ignorancia,
a los que manipulan la verdad
en nombre de ideologías y conveniencias,
a los que aniquilan la vida...
Envíanos profetas.
Muchos se alzarán contra ellos.
Les insultarán. Les encerrarán.
Quizás les seguirán matando.
Pero, si se acaba la profecía,
¿quién hará oír tu voz?

(rezandovoy)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo,
pensar como tú, trabajar contigo, y vivir en ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.